

"El Mundo," Nov. 30-1936.

PUERTO RICO Y EL IDEAL PANAMERICANO

Por el Dr. A. FERNOS ISERN

Teodoro Roosevelt el Viejo llamó a Puerto Rico la Suiza de América. Lo dijo en sentido fisiográfico. Teodoro Roosevelt el Joven, que con nosotros estuvo dos años, captó el sentido, el valor panamericano de Puerto Rico y pregona todavía su misión panamericana. Ambas son reacciones a la semejanza entre Suiza y Puerto Rico, en dos sentidos distintos, el uno decorativo, el otro moral y político.

Suiza es trilingüe, Puerto Rico marcha hacia el bilingüismo; Suiza es punto de convergencia entre Francia, Italia, Alemania y Austria. Puerto Rico entre las Américas de habla inglesa, la de habla portuguesa y la de habla española. Somos una isla, pero menos aislados por el mar que Suiza por las montañas alpinas. Ningún rincón de América tiene tan justos títulos a la amistad, a la benevolencia, de las grandes potencias americanas, como Puerto Rico.

No hay otro pueblo americano cuyo desenvolvimiento haya sido más pacífico y con arreglo a derecho. Una sola vez la guerra fué gran factor determinante de nuestra suerte y no tomamos parte en ella. Fué la guerra Hispano-Americana, uno de los acontecimientos de más hondo efecto en la plasmación de nuestra nacionalidad. Balbuceaba ésta a fines del siglo XIX. La provincia española ultramarina reclamaba régimen diferenciado, descentralizado, autónomo, dentro de la familia de provincias peninsulares e insulares que formaban la monarquía de régimen unitario y constitucional. El síntoma era patognomónico. Significaba que la colonia se acercaba a la mayoría. Pero pretendía desvincularse gradualmente, sin saltos bruscos, en suave ascensión parabólica hacia su natural constitución como pueblo independiente. Sin la guerra hispanoamericana la provincia autónoma de Puerto Rico hubiera pasado a ser el estado libre de Puerto Rico en la misma o parecida forma que han pasado a serlo, respecto de Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

El comercio lo hubiera acercado cada vez más a los pueblos hermanos de América como acerca a los canadienses, no importa sean ellos miembros de la familia imperial británica. Y un buen día la nacionalidad portorriqueña hubiera izado sus colores sin cambio apenas en la estructuración interior del Estado.

La guerra hispanoamericana cortó el cordón umbilical hispanoportorriqueño, como Alejandro el nudo gordiano, anticipándose así a la acción del tiempo y acelerando el ritmo normal de la historia. Y contribuyó aún más a condensar nuestro espíritu nacional, el contraste entre el viejo espíritu latino y el nórdico, lo cual produjo novedad de reacciones, a las veces violentas... Se concretaba la naciente nacionalidad, como al contacto del agua se solidifica el yeso, en masa compacta, con fuerte ele-

vación de la temperatura. La masa formada no es ya polvo ni agua, sino cuerpo amorfo y plástico que busca una forma y toma la del molde que la contiene. Nuestro molde es el de la república democrática. Y es dentro de ese molde que se está concretando esta nacionalidad naciente.

Dentro del concierto de repúblicas de América falta una república. Falta aquella que no sea toda sajona, ni toda hispana, ni toda portuguesa. Falta una que sea hija de todas y comprenda el espíritu de todas. Falta una que ofrezca asilo, sin suspicacias, a la reunión de todas las demás. Cuba no puede hacerlo; de española pasó a libre y no habla inglés. No pueden las grandes repúblicas. La república que falta ha de ser pequeña y débil en lo material; y grande y fuerte en lo espiritual; lo suficientemente aislada para que no tenga vecindades que la hagan sospechosa; lo bastante accesible para que todos puedan concurrir a ella sin dificultades.

Ningún pueblo de América tiene las dimensiones geográficas, ni la cultura, ni la historia, ni el espíritu, de tal manera medidos y ponderados que pueda llenar estos requisitos mejor que Puerto Rico. Para ello sólo le falta a Puerto Rico ser república.

Puerto Rico, colonia, vale para Estados Unidos un buen mercado y una buena plantación de azúcar. Puerto Rico república, además de mantener con Estados Unidos los vínculos comerciales, culturales y sociales actuales, que no tienen por qué desaparecer, sino ajustarse a las recíprocas necesidades, sería uno de los más valiosos miembros de la futura anficiónia americana cuyas bases coloca la política clarividente de Franklin Roosevelt.

En el palacio de la Unión Panamericana de Washington, en la galería del piso superior, decoran los entrepaños los bustos de cada uno de los hombres más distinguidos de cada una de las repúblicas del Nuevo Mundo. Allí está Washington, allí está Bolívar, allí está Santander; allí Juárez, allí Unanue, allí O'Higgins; y Martí y Duarte y Desalines; Sucre, San Martín, Artigas.

Pero, hay un pedestal vacante, sin efígie que le corone, que parece esperar un busto que no llega. ¿Para quién estuvo destinado? ¿A quién espera?

No he preguntado a los amigos de la Unión Panamericana. Cuando lo ví por primera vez, el corazón me dijo que el busto ausente era el de un hombre nacido en una isla del Caribe, en donde estaba cuajando la república que él iba a presidir. Se completará así el conjunto de los próceres de América, el consorcio de los pueblos de América y el espíritu de una nueva humanidad en América.